

EL REYEZUELO

Año 503 de las crónicas de Vrandaal. Reinando a la sazón el señor de las Garras del Águila Blanca, Mung, hijo de Mumbro, de la leal Casa de la Flor de Lis.

Parecía increíble, pero las bizarras huestes de Bram, nada menos que siete batallones de infantería pesada con el apoyo de tres secciones de su legendaria caballería, habían sido aniquiladas con pasmosa facilidad hasta el último hombre que las integraba, con la única excepción de Katz, un portaestandarte del flanco derecho que había huido cobardemente de la despiadada matanza. El poderoso ejército del Reino del Gran Norte, comandado por el rey Asratt, había descendido desde las altas estribaciones, frías y tenebrosas, como una exhalación, para caer por sorpresa sobre el enemigo en el pesado y fangoso valle del Aneval. Las tropas de Bram, sin apenas capacidad de reacción por la complicada movilidad, se vieron obligadas a retroceder penosamente, terminando cercadas en torno al desfiladero del Drac. Cientos de miles de venablos rasgaron los cielos del Gran Norte, como una lluvia infernal, que diezmó sensiblemente al acorralado ejército. Y el intensísimo frío, inexorablemente, hizo el resto.

Todo había comenzado semanas atrás con el misterioso y vil asesinato de la reina del Gran Norte, Nihil, esposa de Asratt, hasta la fecha amada por su pueblo y en adelante adorada como una diosa. Nihil había sido envenenada en su propio castillo por un traidor o un infiltrado, jamás se supo, y los fastos en su memoria aún se recuerdan, tal fue la conmoción. Rápidamente,

las sospechas recayeron sobre una cercana partida de expedicionarios provenientes del reino del que ancestralmente les había separado una feroz enemistad, la Confederación de Territorios de las Garras del Águila Blanca. Bajo tan singular denominación se escondía todo un entramado de complejos acuerdos y alianzas entre numerosas casas de armas, tales como la antiquísima Casa de la Flor de Lis, dueña de la legendaria fortaleza de Vrandaal, a la cual pertenecía el rey Mung; la pujante Casa de las Garras del Águila Blanca, de la que provenía la reina Roona, verdadera alma del reino y poseedora a su vez de la remota fortaleza de Kóvena; la Casa de la Espada Rota, de la familia del valiente capitán Bram; o la Casa de los Riscos, del no menos célebre Capitán Denvarion.

Pues bien, la partida de expedicionarios fue barrida sin ninguna contemplación en una breve escaramuza por los hombres de Asratt, dando así por concluida la duda sobre la autoría del regicidio. Cuando la reina Roona se enteró de las nuevas estalló de ira, e inmediatamente ordenó partir al favorito de Mung, el capitán Bram al frente de una numerosa hueste para corregir la infamia. Bram aceptó de buen grado, pues era guerrero pronto para el combate, no así el rey, que consideró la decisión como una pública humillación de su reina, ya que, en vez de enviar al hombre fuerte del monarca, podría fácilmente haber hecho lo propio con el capitán Denvarion, favorito de Roona, y con quien las malas lenguas conjeturaban algo más que una pura relación de vasallaje. Bram partió al amanecer, sereno y seguro de sí mismo, con la idea de que iba a sofocar una tímida rebelión, pero en ese

momento no podía imaginar que iba a ser objeto de una emboscada en la que, a la postre, perecería junto a todos sus hombres. Toda una división arrasada. Desde luego, la guerra había estallado, y de qué manera.

Mientras tanto, los días pasaban lentos y tensos en la fortaleza de Vrandaal, en espera de las ansiadas noticias acerca de la suerte que hubiera podido correr Bram y de las que deberían haber tenido conocimiento hacía ya largas jornadas. Mung solía permanecer despanzurrado en el trono, con la mirada perdida y un gesto indolente, mientras que Roona caminaba con pasos rápidos y nerviosos de un lado a otro de la balaustrada del enorme balcón de su cámara, haciendo silbar a cada paso los pliegues de sus finas vestiduras de seda, mientras trazaba estrategias... Al amanecer del decimoséptimo día posterior a la partida sonó un clarín. Se anunciaba la cansina llegada de un jinete, al parecer venía del frente. Se trataba de Katz. Inmediatamente, se le hizo pasar al salón del trono, donde sería escuchado por toda la corte. Al acceder al pasillo que desembocaba en el gran salón de recepciones, observó que los reyes ya estaban allí. Katz, encorvado, se apoyó en una de las inmensas columnas blancas y jadeó de cansancio, aunque también por el miedo. Podía ver el suelo, tan brillante como un lago de hielo del lejano norte. Levantó penosamente la cabeza y pensó que dentro de un instante ésta ya no luciría sobre sus hombros. Había huido del frente y esto, lo sabía bien, se castigaba con la muerte. Sin embargo, en este preciso momento, a Roona no le interesaba lo más mínimo la cabeza del hombrecillo que tenía enfrente, sino las noticias que tenía escuchar.